

EL HOMBRE CONTRA EL HOMBRE (I)



La vergüenza de las minas antipersona

Se estima que existen aproximadamente ochenta millones de minas activas en el mundo, distribuidas por más de setenta países. Las minas son armas que lesionan, mutilan o matan indiscriminadamente a más de veinte mil civiles cada año. Su producción es barata -entre 2 y 20 €- pero llegar a desactivarlas puede costar hasta cincuenta veces más.

Hay cinco grandes países que aún no han firmado la Convención sobre la prohibición de minas antipersona (Tratado de Ottawa) - entre ellos, Estados Unidos, Rusia y China. Almacenan aproximadamente en su conjunto ciento sesenta millones de minas, siendo además los mayores productores mundiales.

Catorce países continúan produciendo minas antipersona: Birmania, China, Cuba, India, Irán, Corea del Norte, Corea del Sur, Nepal, Pakistán, Rusia, Singapur, USA, Vietnam e Israel. Según afirma Manos Unidas: *“Entre las empresas fabricantes de minas también existen algunas españolas. La más importante es EXPAL (Explosivos Alaveses S.A.), que produce minas, explosivos y bombas de racimo para la exportación a países como Mauritania. En un principio, dicha empresa pertenecía a la Unión Española de Explosivos (UEE), que ha sido adquirida por la empresa Pailas Investment de Holanda. Antes formó parte de Ercros, que perteneció al grupo KIO y vendió minas al gobierno iraquí durante el conflicto del Golfo (así la multinacional kuwaití se enriqueció con la invasión de su propio país)”*.

Las minas antipersona son una amenaza constante en muchos países, como Afganistán, Angola, Bosnia, Camboya, Croacia, Irak, Mozambique, Nicaragua y Somalia. Debido a su empleo por parte de facciones militares o por gobiernos que quieren obtener o conservar el poder, la población sufre dolorosas amputaciones con horribles secuelas, o una muerte atroz. A principios del siglo veinte, casi el ochenta por ciento de las víctimas de las minas antipersona eran militares. Hoy en día, **el noventa por ciento de las víctimas son civiles**.

Según estimaciones de UNICEF, **entre el treinta y el cuarenta por ciento de las víctimas de las minas antipersona son niños menores de quince años. Las minas matan y mutilan hasta diez mil niños cada año...** La mayoría de las minas pueden permanecer activas durante décadas. (Las colocadas durante la Segunda Guerra Mundial continúan hoy en día matando y mutilando personas.)

Colombia es el país con más víctimas mortales, con un total de mil ciento seis; un promedio de tres víctimas por día. La Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Terrestres advirtió que es el único país de la región donde estos artefactos explosivos siguen siendo instalados de manera sistemática por las guerrillas y paramilitares... Los principales poseedores de minas terrestres son China, con ciento diez millones; Rusia, veintiséis millones y medio; Estados Unidos, diez millones; Pakistán, unos seis millones; e India, con unos cinco millones.

Por lo general, pocas mujeres reciben artículos de movilidad (miembros artificiales o muletas) ni suficiente asistencia médica tras sufrir las consecuencias de una explosión.

Debido a ello, la tasa de mortalidad es mucho más elevada en mujeres (43 %) que en hombres (29 %).

Las minas antipersona tienen diferentes formas, colores y tamaños, pudiendo estar fabricadas con madera, hierro, metal o plástico. Básicamente es una carcasa hueca con una carga explosiva. En su interior pueden haber clavos, balines o pedazos de lata; también vidrios combinados con excrementos, ácidos o venenos, para infectar o envenenar a las víctimas. Más que matar a sus víctimas, su objetivo es causar estragos en la población y saturar los servicios médicos.

Existen más de trescientas cincuenta clases de minas, agrupadas en:

Minas ráfaga: Explotan cuando alguien las pisa. Al tener bastante carga explosiva, a menudo matan a sus víctimas.

Minas de fragmentación: Tienen cables situados a pocos centímetros por encima del suelo. Cuando alguien tropieza con ellos, la mina dispara cientos de fragmentos metálicos a una velocidad dos veces superior a la de una bala.

Minas de fragmentación en saltos: Estas minas se elevan en el aire hasta la altura aproximada del pecho de una persona, antes de explotar en fragmentos.

Minas de fragmentación direccionales: Disparan bolas de acero a gran velocidad en una dirección. Algunas pueden llegar a matar a personas situadas a doscientos metros de la explosión.

Minas dispersables: Son lo suficientemente pequeñas para caber en una mano y difíciles de distinguir sobre la superficie del terreno.

Ante este panorama sombrío, da la impresión de que las minas antipersona seguirán matando y mutilando indiscriminadamente a civiles y militares. Sin embargo, comienzan a vislumbrarse motivos para la esperanza...

El número de minas activas en el mundo está disminuyendo progresivamente. Desde febrero de 2004, un total de 68 países firmantes del Tratado de Prohibición de Minas han destruido aproximadamente 30.5 millones de minas.

Desde 2004, Costa Rica, Yibuti, El Salvador, Kosovo y Moldavia han sido declaradas zonas seguras de minas.

Iniciativas como las del director artístico Morten Traavik en Luanda, con su proyecto *Miss Landmine*, han conseguido convertir el tema de las minas antipersona en debate nacional y, lo mejor de todo, ayudar a dignificar a las mujeres lisiadas, relegadas normalmente a una discapacidad escondida, carentes de la más mínima ayuda.

Las organizaciones no gubernamentales *Handicap Internacional*, *Human Rights Watch*, *Medico international*, *Mines Advisory Group* y *Vietnam Veterans of America Foundation*, se unieron en Octubre de 1992 para formalizar la Campaña Internacional contra la Prohibición de las Minas. En 1997, la ICBL y su coordinador, Jody Williams, recibieron el Premio Nobel de la Paz.

Aresa (una compañía danesa de biotecnología vegetal) ha desarrollado “*Red detect*”, un biosensor para la detección de minas y dispositivos de artillería no explosionados en terrenos agrícolas. El biosensor es una planta genéticamente modificada que puede percibir la presencia de dióxido de nitrógeno en el suelo, cambiando su color de verde a rojo cuando está próxima a un terreno minado.

Jerry Bromenshenk, un químico medioambiental de la Universidad de Montana, ha desarrollado un método que consiste en añadir restos de los subproductos explosivos en el alimento de las abejas. Tras varios días, los insectos se sienten naturalmente atraídos por el olor. Cuando son liberadas en un campo minado, las abejas vuelan en dirección a las minas.

Toufa, Chaia y Mariam son tres mujeres saharauis que en un grupo de treinta personas trabajan sin apenas recursos ni seguridad en el programa de desminado del Sáhara Occidental, una iniciativa que intenta eliminar los diez millones de minas que recorren el muro de alambres que separa el Sáhara marroquí de los territorios reconquistados por el Frente Polisario.

Y así, día a día surgen más iniciativas individuales y colectivas de mayor trascendencia. Las organizaciones políticas poco a poco van cediendo, pero pasarán muchos años -si es que ocurre algún día- antes de que China, Rusia y Estados Unidos se sumen al Tratado de Ottawa. Si se consigue dar ese gran paso, “sólo” restaría eliminar de la faz de la Tierra los ochenta millones de minas antipersona que se calculan siguen activas. Al ritmo al que se hace hoy en día -y de no colocarse más minas-, se estima que se tardaría más de un siglo en desminar por completo la superficie terrestre.

Es posible que a quienes nos resulte geográficamente lejano el problema, creamos que poco podemos hacer. Pero quizás, el simple hecho de tomar conciencia de esta situación - de saber siquiera que el gobierno español ha sido partícipe y sigue siéndolo de este atentado a la dignidad humana- sea un gran paso. Es posible además que pudiera ayudar a orientar el voto hacia un partido que mostrara su pleno rechazo a participar como gobierno de España en la creación de estos mecanismos de muerte y destrucción... Aunque quizás, lamentablemente, todos estos esfuerzos se diluyan en estadísticas y datos más o menos oficiales, pues una vez creada por la inventiva humana la herramienta y contrastada su eficacia en términos de logística bélica, los gobiernos se vean incapaces de firmar (y respetar) si quiera un acuerdo mínimo: que aun en la guerra -al margen de sus niveles de destrucción y violencia- se respete la dignidad esencial que compartimos como seres humanos; y a ser posible, una vez termine la contienda, que no quede rastro ni artílugo alguno que atestigüe por más tiempo el horror, salvo ruinas y cadáveres.

Ante esta situación, ¿es posible que algún día exista un mundo sin minas? ¿Podrá la Humanidad alcanzar este logro como paso vital para erradicar el negocio inhumano de las guerras? ¿Seremos capaces de renunciar antes a los conflictos armados sin que sea necesario llegar a una hecatombe mundial que supere hasta lo inimaginable los genocidios recientes o los más devastadores mecanismos bélicos? ¿Podrá el hombre, mientras, mantener y velar por ese respeto mínimo a la dignidad humana en períodos de contienda?

Por lo pronto, la presencia de las minas antipersona no sólo hace imposible este proceso de cura sino que reabre las heridas, perpetuando durante décadas la realidad de unos sucesos que no debieron haber sucedido, llevándose la vida de personas ajenas a ningún conflicto, o bien dejándolas mutiladas sin razón alguna, ni tan siquiera las que justifican la ceguera de la guerra.

(Parte de este texto ha sido extraído de la presentación “Landmines”, creada hace más de un año. Aunque es posible que algunos de los datos hayan variado, la situación esencial no ha variado ostensiblemente. Aun así, comienza a vislumbrarse un cambio de actitud global que seguro impulsará a que los gobiernos de todos los países se vean obligados -por presión de sus ciudadanos- a erradicar para siempre las minas antipersona.)